



Rafael Jijena Sánchez

El reino de las adivinanzas

Chile

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

La corte adivinadora

Este era un rey que había llegado a la ancianidad gobernando sus súbditos como los patriarcas gobernaron a sus tribus: justiciero y bondadoso con todo el mundo, era el consuelo de los afligidos y el paño de lágrimas de los pobres, aunque la verdad es que los había en escaso número, porque aquel venturoso país tenía en sus montañas abundantes minas de diamantes, oro, plata y cobre; los ríos navegables, sus suelos profundos y feraces, producían dos o tres cosechas al año, de modo que la pobreza era desconocida, y de sus habitantes, el que menos, guardaba los productos necesarios para su ordinario sustento. Esto mismo contribuía a que el rey hubiera vivido siempre en paz con sus vecinos, puesto que, teniéndolo todo, nada ambicionaba de más allá de sus fronteras.

Llegó así a producirse tal situación de holgura y tranquilidad, que ni el Rey, ni los Ministros, ni los grandes de la Corte tenían mayores actividades en qué entretener sus ocios y se estaban desarrollando, en forma alarmante los afanes por el lujo y las costumbres licenciosas, que es donde descienden los pueblos y las familias cuando la naturaleza brinda sus dones de manera fácil y con excesiva prodigalidad.

Estos extremos desvelaron más de una noche a S.M. deseoso de encontrar una ocupación que absorbiera el tiempo de sus Ministros y de su propia familia. El mismo Rey sentía necesidad de distraerse en algo, y al fin creyó dar en el clavo, una vez que el menor de sus hijos llegó hasta él para decirle que le descifrara una adivinanza que lo tenía intrigado. A esta primera siguieron otras y otras adivinanzas, en forma que S.M. pasaba horas muertas en su gabinete interpretando cuántas llegaban a su conocimiento, ya por intermedio de sus hijos, que eran nada menos que doce, seis hombres y seis mujeres, ya por intermedio de los demás personajes de la Corte que poco a poco iban dando muestras de interesarse por el asunto, algunos por verdadera afición, otros por halagar al Rey, y los más, por seguir la moda que se había infiltrado en todas las esferas del Gobierno.

Al fin, esto de las adivinanzas llegó a ser una verdadera chifladura del Rey, de su familia y de sus cortesanos. Las enormes bibliotecas del palacio fueron olvidadas por completo; el polvo y las telarañas se enseñorearon en los volúmenes que trataban de finanzas, justicia, enseñanza y legislación, y en su reemplazo se fue formando otra estantería, cuyos anaqueles se repletaron con grandes volúmenes que contenían, por orden alfabético, cuantas adivinanzas llegaban a conocimiento de la Corte.

Fue tanta la manía de S.M., que una vez llamó a su despacho privado a los Ministros del Interior, de Guerra, de Hacienda Pública, los hizo arrodillarse ante él y les fue diciendo sucesivamente, al tiempo de consagrarlos con gentil espaldarazo:

-Desde hoy no se ocuparán más con los asuntos del régimen interior, o de la guerra, o de la hacienda. Tú, y se dirigió al primero, tendrás a tu cargo las adivinanzas cuya solución caigan ente la A y J y te llamarás Ajota; tú y se dirigió al segundo, las comprendidas entre la K y la O y te llamas Kañó, nombre que también conviene a tus actividades guerreras; y tú refiriéndose al de finanzas, tendrás a tu cargo desde la P hasta la Z, y te denominarás Peseta, nombre que creerán te ha sido dado por tus funciones de ministro de Hacienda. Organizad vuestras comisiones con 13 miembros cada una, número cabalístico y de mala reputación, que servirá para infundir supersticioso respeto a los ignorantes y los necios. Retiraos y asumid cuanto antes vuestras altas funciones de Ministros de Adivinadores. Desde entonces Ajota, Kañó y Peseta se pusieron fervorosamente a organizar sus comisiones y a iniciar tan importantes trabajos. Cada uno de ellos tuvo a sus órdenes cuatro de los príncipes, dos hombres y dos mujeres, los cuales con sus correspondientes

secretarios, componían una comisión de trece personas, que estudiaban, solucionaban, catalogaban y archivaban todas las adivinanzas.

En un salón inmenso, dividido en tres compartimientos se había instalado el Gabinete de las Consultas, cada sección presidida por uno de los Ministros.

Y así ocurrió, pues, que los asuntos de Gobierno fueran abandonados por completo. Más de una vez vinieron comisiones notables a reclamar de los malos manejos de las obras públicas y el Rey los recibía al parecer completamente abstraído en el asunto que le proponían, convocaba luego a la Comisión presidida por Ajota, Kañó y Peseta, según se tratara de régimen interior; guerra o hacienda, y horas y horas se pasaban en el Gabinete de Consultas, proponiéndose toda clase de adivinanzas, sin acordarse poco ni mucho del asunto que les había sido propuesto. Después de tan larga espera, aparecían ante los notables, y el Ministro les decía con suma gravedad:

-Hemos estudiado detenidamente el problema que habéis sometido a nuestra consideración, sin que hayamos encontrado la respuesta precisa que más convenga a los bien entendidos intereses del reino seguiremos considerando tan arduo problema y os enviaremos contestación.

Los notables se retiraban muy satisfechos... y se quedaban esperando las respuestas. El Monarca y sus Ministros no tenían tiempo más que para buscar, solucionar y catalogar adivinanzas. De aquel ímprobo trabajo resultó: que el Ministro Ajota tuvo archivadas 555.555 adivinanzas; el ministro Kañó, 333.333, y Peseta, 444.444, cantidades que daban la suma de 1.333.332. Hacía tiempo que no se avanzaba un ápice más allá de este número, se habían agotado las adivinanzas. Ya no había ninguna más para catalogar.

¡Y que variedad enorme contenían los archivos! Desde las más sencillas e infantiles hasta las más escabrosas, picarescas y complicadas.

La letra A empezaba con aquella que dice:

“Soy la primera en el alba soy la segunda en el mar, en la luna soy la cuarta y en el sol no me han de hallar.”

Hurgando un poco más, se encontraban las sencillas e infantiles:

“Pica y no saca sangre”. (El ají.)

“Soy clara y espero yema.” (El huevo.)

“Mientras más cerca más lejos; mientras más lejos más cerca.” (La cerca)

“Cal tiene por nombre y Zeta por condición.” (Calceta.)

“La mujer del quesero, ¿qué será? Y el negocio que tenía, ¿qué sería?” (Quesera)

“Blanca soy, del agua nací, pobres y ricos comen de mí.” (La sal.)

“Una vieja larga y seca que le corre manteca.” (La vela.)

“No es soldado y llega a cabo.” (La vela.)

Después como se encontraban algunas equívocas y picarescas, como:

“¿Quién es aquella mujer muy aguda y muy lucida, que vestida es muy cobarde y valiente sin camisa?” (La espalda.)

“Milongo, milongo, de día la saco de noche lo pongo.” (La tranca.)

“Tronco de higuera, flore de zapallo, tonto baboso cara e caballo.” (La tuna.)

“Tira el pelo y chilla el huevo.” (La campana.)

“Mi tía va, mi tía viene y donde mismo se entretiene.” (La puerta.)

y también había muchas verdaderamente arrevesadas, cuya solución había costado fuertes dolores de cabeza a las respectivas comisiones, como ser:

“Tengo cabeza redonda sin nariz, ojos, ni frente y mi cuerpo se compone tan sólo de blancos dientes.” (El ajo.)

“Dios me dio un pozo y para él me dio un lazo, que estirado no alcanza y doblado sobra.” (La boca y el brazo.)

“Adentro de un árbol seco había una inglifiglafla con site inglafitos, y yo por insanglificarla me inglafilé el inglifiglafla.” (Colmena, abeja, miel.)

“Cien redonditos y un redondón, un mete y un saca un quita y un pon.” (El horno.)

“A mi casa entró una niña un galán entró con ella, no se fue ni se quedó, ni se supo que fue de ella.” (La vela.)

“Una niña de rubios cabellos le gusta el baile, lo limpio y lo bello.” (La escoba.)

No había pues, ya nada que hacer en cuanto a adivinanzas: el material estaba agotado. El Rey, los Ministros, los príncipes, los secretarios, se aburrían soberanamente y se quedaron dormidos encima de los enormes mamotretos, que de continuo volvían a pasar y reparar. El Rey convocó entonces a un consejo para dilucidar aquella cuestión que los tenía tan preocupados. Después de ardua deliberación, resolvieron publicar un bando ofreciendo grandes recompensas a quienes les propusieran adivinanzas que ellos no pudieran interpretar.

El primer premio consistía en una talega de oro; el segundo en conceder una gracia que se solicitará y el tercero, que era el más importante, en la mano de una de las princesas para quien propusiera tres adivinanzas que quedara sin solución; pero si fracasaban, el Rey les mandaría a cortar la cabeza.

Los tres rompecabezas

Pasaba el tiempo, pasaba el tiempo y nadie acudía ante los Ministros en demanda de algunos de los premios ofrecidos; tal era la forma de la Corte Adivinadora, que ninguno, a pesar del incentivo de los premios, quería exponerse a perder la cabeza.

La noticia se fue esparciendo por todo el reino y llegó a oídos de un tonto, quien en medio de su ignorancia, tuvo la osadía de encaminarse al palacio para ver si ganaba la talega de oro. Y lo curioso era que ni sabía adivinanzas ni tenía idea de lo que iba a hacer.

-Yo tengo que ganarme la talega de oro, se dijo, y las echó muy determinado.

Por ahí se detuvo a contemplar un nuco que estaba pisando una nuca, mientras un corderito alejado de oveja estaba balando que se las pelaba.

-¡Vaya!-pensó el tonto. Parece que ya va saliendo la adivinanza: “Nuco sobre nuco y un mée.”

Siguió su camino y al llegar a los graneros del Rey, vió que los hombres estaban ensacando porotos. Preguntó que hacían, y no de ellos le contestó:

-No ve que estamos echando en los sacos estos porotos pallares ...

-Bien, se dijo el tonto: “pallares y pallares dentro del saco”, y siguió adelante.

Al pasar frente a la cocina real, le llamaron la atención los chirridos del sartén en que estaban haciendo la fritanga.

-¡Ya está! “¡Chirrin, chirriaco!” se dijo el tonto y valientemente llegó a las puertas del palacio.

No poco le costó para que os guardas le atendieran y sólo se allanaron a anunciarlo, cuando se dieron cuenta que se trataba de proponer una adivinanza desconocida a la consideración del Rey y sus Ministros.

El tonto fue recibido en el Gran Salón de las Consultas.

El Rey presidía la reunión desde su elevado trono y los Ministros Ajota, Kañó y Peseta, sentados a la cabecera de cada una de las tres mesas, teniendo a su derecha e izquierda las princesas, príncipes y secretarios, esperaban impacientes la adivinanza que aquel andrajoso desconocido iba a proponerles.

-¿A qué vienes? – le preguntó el Rey.

-A llevarme la talega de oro –le contestó el tonto.

-¿Sabes que si interpretamos la adivinanza la cabeza te cuesta?

-Sí sabo, Su Sacarreal Majestá.

-Pues bien: dilá entonces.

Y el tonto dijo:

“ Nuco sobre nuco y un mée, pallares y pallares dentro de un saco, y al llegar donde mi Rey chirrín, chirriaco.”

Al oír tal adivinanza, todos se quedaron de una pieza, al Rey se le pusieron de putna los cuatro pelos que le quedaban en la calva; al Ministro Ajota, que era bastante aficionado al guachucho, se le tornó la nariz colorada como brasa; el Ministro Kañó, que tenía los ojos encendidos y lacrimosos de tanto consultar sus pergaminos, empezó a pestañar seguidito; y a Peseta le bajó un temblor de dedos, brazos y piernas, como si estuviera epiléptico. Con cara de bobo el Rey miraba a Ajota, Ajota a Kañó, Kañó a Peseta. Pezeta a sus ayudantes, éstos a los otros, y los otros a los de más allá, sin que a ninguno se le ocurriera una palabra que disipara un poco aquella atmósfera de plomo.

Al fin, al Rey se le ocurrió preguntar:

-¿Qué hay Ajota?

-De A a J... nada S.M.

-¿Qué hay Kañó?

-De K a O... nada S.M.

-¿Qué hay Pezeta?

-De P a Z... nada S.M.

-¡Nada!, hicieron coro los tres Ministros y ...

-¡Nada!, repitió el eco de las princesas, los príncipes y los secretarios.

-Explica tu adivinanza, ordenó entonces el Rey, dirigiéndose al tonto.

Éste dio la solución que se le pedía, el Rey mandó que se le entregara la talega de oro, dispuso que la nueva adivinanza fuera estampada en todos los archivos y suspendió violentamente la reunión. Los Ministros se levantaron sin proferir palabras. A pasos contados y con la cabeza gacha, silenciosos salieron de la sala.

Pero empezó a llover sobre mojado. Al día siguiente, una pobre mujer con guagua en brazos solicitaba empeñosamente que la llevaran a la presencia del Rey y sus Ministros, porque tenía una adivinanza que proporcionarles. No obstante las contrariedades del día anterior por el fracaso que habían experimentado, tuvieron que recibirla y oír la adivinanza que era así:

“Hace tiempo que fui hija y hace poco, siendo madre, he criado un hijo ajeno que es marido de mi madre. Adivínalo, buen Rey, o devuélveme a mi padre.”

Nueva estupefacción. Los Ministros no se atreven a mirar al Rey y éste rehuye el interrogarlos, porque está seguro que tal enigma no se contiene en ninguno de los fabulosos cartapacios que se guardan en los archivos.

Pero es necesario salir del paso y hace una señal a Ajota, quien, más colorado que nunca, contesta: ¡Nada! y en pos de él ¡Nada!, dice lacrimoso Kañó y ¡Nada! por fin, el epiléptico Pezeta.

Por segunda vez fracasaba la sabiduría del millón y medio de soluciones que contenían los célebres cartapacios del reino.

-Explica tu adivinanza, le dijo entonces S.M. a la mujer.

-Ha de saber S.M., que hace seis meses mi padre fue condenado a morir de hambre por castigo de un crimen que el no cometió. Y lo encerraron en una celda con gruesos barrotes de fierro, para que ahí sufriera la más cruel de las agonías. La piedad del carcelero me permitió que lo visitara todos los días, poco después que esta guagua vino al mundo, y desde entonces -¡oh buen Rey! -he alimentado con mi leche al hijo a quien he dado la vida y al padre a quien yo debo la existencia.

Nadie se ha impuesto de este engaño y todos atribuyen a milagro el que mi padre todavía no haya muerto.

Esta es la solución del enigma y ahora espero la recompensa: confirme S.M. el milagro y devuélvame a mi pobre padre.

Todos se enternecieron al oír el relato de aquella santa mujer y el Rey le dijo:

-La sola acción que has realizado, buena mujer, merece como premio la libertad de tu padre. Agrego a ella una bolsa de plata y un empleo permanente para él y para ti entre mis servidores del palacio.

Y en seguida dirigiéndose a sus Ministros agregó:

-No importa que esta vez hayamos perdido, porque hemos hecho una buena obra.

Retirémonos en paz.

Y ahora, Rey, Ministros, princesas, príncipes y secretarios se retiraron satisfechos y contentos.

Después de los dos fracasos sufridos, el Rey ya no tenía tanta confianza en su propia sabiduría ni en la de sus Ministros, y pasaba verdaderas inquietudes, temeroso de que algún gánapiro cualquiera llegara a proponerle los tres enigmas que faltaban, que ellos no fueran capaces de resolverlos y tuviera que darle la mano de una de sus princesas.

Y a la verdad que las zozobras de S.M. no dejaban de tener algo de telepático presentimiento.

Las noticias del precioso premio ofrecido por el Rey, llegaron hasta un pueblucho lejano, en que vivía un mozo de agudo ingenio y de agraciado semblante. Deseoso de mejorar de fortuna, se propuso tentar suerte y jugar el todo por el todo, arriesgando su cabeza a trueque de casarse con la princesa. Dio a conocer a su madre las pretensiones que abrigaba y sin que en su ánimo pesaran los consejos y temores de la pobre vieja, para hacerlo desistir, tuvo que conformarse y prepararle lo necesario para el largo viaje que iba a emprender. Le dio una escopeta para que se defendiera, un libro de misa para que no olvidara sus oraciones y una torta como cocaví para el camino.

Seguido de su perrita a quien llamaba Panda, el mozo se dirigió hacia la corte. Pero antes pasó para despedirse de su novia y a contarle los propósitos que lo llevaban al palacio del

Rey. La muchacha, que veía esfumarse sus esperanzas matrimoniales, hizo todo lo posible por disuadirlo de su aventura, y como nada pudo conseguir, se dijo:

-“Primero muerto que verlo en brazos de otra mujer, aunque sea una princesa”, y disimuladamente le echo un activo veneno en la torta que el joven llevaba para el camino. Cansado el mozo de tanto andar, a media tarde se acostó al pie de un árbol a echar una siestita. Grande fue su sorpresa cuando al despertar, vió a su perrita muerta y que tres buitres que habían querido hacer presa de ella, yacían también sobre el cadáver. Examinando la causa, se dio cuenta de que la muerte del animal se debía a la torta, que seguramente su amable novia había envenenado.

-Ya que me libré de ésta, se dijo, voy a sacar partido de la buena acción de mi novia, para componer la primera adivinanza. Veamos:

“Torta mató a Panda, Panda mató a tres; adivínela buen Rey y diga luego lo que es.”

-Está bien, pensó, y siguió su camino, con la escopeta preparada y el ojo alerta por si veía algo que cazar, porque ya se la había despertado el apetito. De repente, salió una liebre de ente los matorrales, le disparó y la mató. Al descuerarla vió que también había muerto a tres hijuelos de la liebre que estaban a punto de nacer y los prefirió para comérselos asados. Como le faltaba algo con que encandilar el fuego, sacó unas hojas del libro de misa y las encendió. A la luz de la llama que despidieron ante sus ojos se presentaron las grandes letras rojas que decían Espíritu Santo.

-¡Bah! – se dijo inmediatamente el avisaso mozo.

Aquí esta otra adivinanza:

“Tiré al que vi, maté al que no vi; comí carne no nacida y asada por el Espíritu Santo.”

Era la oración cuando llegó al puente del río vecino a la ciudad y divisó que las aguas arrastraban el cadáver de un animal y tres jotes iban encima de él.

-La suerte me acompaña, pensó: aquí tengo la tercera adivinanza:

“Pasé por un duro y abajo lo blando, un muerto iba caminando y en él, tres iban cenando.”

Esa noche el joven se fue a una posada, tomó lenguas acerca de lo que se decía por la Corte, averiguó donde estaba el palacio y cuál era la hora de audiencia y al otro día llegó de los primeritos a solicitar una entrevista con el Rey.

S.M. había dormido mal aquella noche: soñó que un buitre le arrebató a la más querida de sus hijas; al Ministro Ajota le había desvelado el escozor de la nariz y de tanto rascarse le amaneció mas encendida que un ají pimentón; al Ministro Kañó le había vertido por cada ojo un verdadero diluvio que le inundó la cama, si que pudiera pegar una pestañada, y Pezeta había amanecido, no ya tembloroso de manos y pies, sino de un ataque epiléptico que lo hacía saltar como langosta. +

En ese estado de ánimo y con tales agüeros en contra, tuvieron que asistir aquel día al Consejo de las soluciones. Por el aspecto deplorable que presentaban el Rey, Ministros y Secretarios, se veía que estaban derrotados de antemano; sólo los príncipes se conservaban serenos y aún pudiera creerse que contentos, porque ya estaban cabreados con tanta adivinanza, y hasta hubo más de una princesita que sonrió donairosa al ver el rostro simpático y la desenvoltura del joven que se presentaba a exponer su cabeza por la recompensa ofrecida.

-¿Sabes cuál es tu castigo? –le preguntó el Rey.

- Sí, lo sé S.M. y sé también cual es el premio.
- ¿Vienes preparado para las tres adivinanzas?
- Para las tres, S.M.
- Veamos la primera

“Torta mató a Panda, Panda mató a tres; adivínela buen Rey y diga luego lo que es.”

Rey, Ministros y Secretarios se quedaron de una pieza; príncipes y princesas se sonrieron complacidos.

-A ver la segunda, le dijo el Rey, a quien los cuatro pelos se le erguían como lanzas.

“Tiré al que vi, maté al que no vi; comí carne no nacida y asada por el Espíritu Santo.”

Ahora todos se miraron de reojo, sin proferir una palabra. El Rey llegó a enderezarse en su trono y dijo, muy airado, sin poderse dominar:

-¡Di la tercera!

“Pasé por un duro y abajo lo blando, un muerto iba caminando y en él, tres iban cenando.”

Cuando terminó, todos agacharon la cabeza, sin atreverse a mirar al Rey. Éste los interrogó y el uno en pos del otro fueron contestando:

-¡Nada!

-¡Nada!

-¡Nada!

Entonces el Rey arrojó lejos el libro de Índice que tenía delante de sí y exclamó:

-¡Al diablo el Pendo y la Panda y el duro y el blando y el muerto caminando! ¡Vuelve dentro de tres días para darte la contestación! ¡Se suspende la audiencia!

El asunto se había puesto mas serio de lo que el Rey pudo imaginarse cuando hizo publicar el bando. No era cosa de entregar así nomás una de sus hijas a aquel desconocido. Había que agudizar el ingenio de sus marmotas de Ministros a ver si daban con la interpretación de los enigmas o se les ocurría algo para eludir decorosamente la recompensa prometida. Citó al Consejo y –acordándose que más discurre un hambriento que cien letrados-, declaró sesión permanente durante los tres días que se había dado de plazo, para que discurrieran como salir del atolladero, sin otra alimentación que pan y agua para todos los asistentes. De balde Ajota pasó y repasó todos sus archivos; de balde Kañó buscó y rebuscó en sus mamotretos; de balde Pezeta recorrió una a una todas las letras confiadas a su sabiduría; nada, nada encontraron que diera luz en aquel intríngulis en que el diablo del joven los había metido. El Rey se paseaba desesperado de un extremo a otro de la gran sala, pensando que debía cumplir la promesa, porque palabra de Rey no podía faltar. De repente se paró y dijo a sus Ministros:

-¡En fin cabezas de melones pasmados, siquiera discurran algo que aplace o impida decorosamente el cumplimiento de la promesa!

-Señor se atrevió a decir el Ministro Pezeta, sometamos a ese mozo a una prueba que le sea imposible realizar . S.M. tiene una crianza de hermosos conejos; del cien de ellos para que en plazo de ocho días les enseñe los ejercicios militares; si no lo hace, no sólo queda S.M.

relevado del compromiso, sino que para evitar futuras complicaciones, le manda a cortar la cabeza.

-¡Y pensar que he de faltar a mi palabra! —exclamó el Rey. En fin, es razón de Estado y así será.

Los conejitos militares

Cuando el joven, a los tres días, se presentó a la audiencia del Consejo, el Rey le manifestó que había triunfado en esa apuesta; que no podía cederle la mano de una de sus princesas si antes no daba muestras de sus dotes militares, como correspondía a un caballero, para lo cual le entregaba cien conejitos, que en término de ocho días debía devolvérselos tan bien instruidos, como los mejores soldados de su ejército; si esto no sucedía, le haría cortar la cabeza.

Al Rey no se le podía replicar. Considerando perdido su esfuerzo, el mozo se fue a las conejeras y recibió en dos sacos cien conejos que debía amaestrar. Con ellos al hombre se encaminó a una explanada al pie de una colina. Lugar que consideró a propósito para practicar el ejercicio, y abrió la boca de los sacos ... En un segundo desaparecieron de su vista...

Aquí fue el mesarse los cabellos, el acordarse de su madre y el derramar abundantes lágrimas por la pérdida de su fortuna, precisamente cuando ya la había tenido poco menos que al alcance de su mano...

Y ahora aconteció lo inesperado; sin saber cómo, ni cuándo ni por dónde, una viejecita se presentó ante él y le preguntó:

-¿Por qué lloras, hijo mío?

-Como no he de llorar abuelita, cuando el Rey me ha encargado enseñar los ejercicios militares a cien conejos y yo no he hecho más que soltarlos y todos han desaparecido como por encanto. Esto me va a costar la cabeza ...

-No tengas cuidado, le dijo la anciana. Toma esta flautita. No tienes más que tocarla y todos los conejos acudirán a tu lado; en seguida, fácilmente aprenderán cuanto quieras enseñarles. Dicho esto, la viejecita desapareció. Cuando el joven se puso a tocar la flauta, los conejos empezaron a llegar y a reunirse a su alrededor. Los contó y no faltaba uno solo.

Quiso convencerse de si eran capaces de instruirse militarmente y les dio algunas voces de mando.

-¡Formación en línea ... carrera, mar ...! ¡Alinear ...! ¡Por escuadras, conversión a la deré... mar...! ¡De frente ... mar!

Era de ver como los conejos, parados en las patitas traseras, sin menear oreja ni cola, con los ojos que se les saltaban, muy atentos a las voces de mando, evolucionaban cual soldados veteranos.

Para la primera lección, con aquello era bastante.

Les mandó: ¡Retirarse! Y todos se hicieron humo, dispersos por la pradera. Se ocupó entonces de preparar unos fusiles de palo y al otro día empezó a enseñarles el ejercicio con armas.

Naturalmente, el Rey no podía olvidarse de aquel mozo a quien injustamente tenía condenado a morir. Los remordimientos de conciencia no lo dejaban tranquilo.

Quiso saber qué suerte corría en la instrucción de los conejos y mando a Atoja para que desde lejos observara lo que estuviera ocurriendo. Cuando el Ministro llegó cerca del campamento, se quedó con tanta boca abierta; allí estaban los cien conejos formados en

escuadra, obedeciendo las voces de mando y haciendo evoluciones con la disciplina y precisión de los más avezados veteranos. El joven mandaba: ¡Al hombro ... ar! Y todo lo ejecutaban como si fueran movidos por un resorte. A la voz de ¡Apunten ... ar!, el Ministro Ajota salió disparando temiendo que lo hubieran visto e hicieran fuego contra él, y no paró hasta llegar sin aliento al palacio del Rey. Allí le contó, en medio del mayor asombro, lo que por sus propios ojos había visto y observado.

-Uno solo de los conejos que le falte, basta para que no se cumpla el compromiso. Vé y cómprale uno, le dijo el Rey.

Disfrazado de campesino, llegó Ajota hasta el campamento y propuso al joven que vendiera uno de sus conejos. El muchacho, que no tenía un pelo de lesa, comprendió la jugada que pretendían hacerle y le contestó:

-Mis conejos no se venden. Si quiere le regalaré uno, con la condición de que me deje pegarle cien azotes a cuero pelado.

El Ministro no se atrevía a presentarse ante el Rey con las manos vacías, y quiera o no, tuvo que sufrir los cien azotes a cambio de uno solo de los conejos. Sobándose las posaderas y con el animalito muy asegurado, tomó el camino de regreso. No había andado mucho cuando el conejo sintió el sonido de la flauta y empezó a hacer desesperados esfuerzos hasta que pudo escapar y corrió a juntarse con sus compañeros.

¿Con qué cara el pobre Ajota iba a contar a S.M. todo lo que le había ocurrido? Era preferible disimular aquella vergonzosa verdad y sólo referirle que el muchacho no había querido venderle ni siquiera un conejito. Y así lo hizo.

Molesto el Rey decidió mandar al Ministro Kañó, por si resultaba más afortunado, pero éste también se quedó sin conejo y con los cien azotes que recibió en las espaldas desnudas. Y ya faltaba un solo día para que se enteraran los ocho que el mozo tenía de plazo para disciplinar militarmente a sus conejos. El Rey no quiso hacer la prueba con el Ministro Pezeta y resolvió ir él en persona, también convenientemente disfrazado, a comprar los conejos, aunque uno sólo le costara la mitad de su reino. Pero todos los halagos y ofrecimientos fueron inútiles: el muchacho únicamente convino en darle cien azotes a cambio de un conejo. S.M. para no dar el brazo a torcer tuvo que aceptar la proposición y recibir a cuero pelado la azotina. Aunque no dejaba de hacerle mella el escozor que llevaba en “salva sea la parte”, sin embargo muy orondo se encaminó al palacio con el conejo bien seguro en el fondo de un saco. No contaba con los tañidos de la flauta, que luego se dejaron de oír y que obligaron al animalito a hacer esfuerzos desesperados por escaparse, hasta que lo consiguió practicando un agujero en el bolso del saco.

Ya no era posible evitar que al otro día el joven apareciera con sus conejos adiestrados. Y así sucedió, en medio del estupor y el aplauso de los grandes de la Corte y de todos los que se reunieron para contemplar aquella maravilla; el batallón de los cien conejos esperaba las órdenes de su jefe en la plaza que daba frente al palacio. El muchacho se puso a la cabeza de la columna, diño las voces de mando y empezó el desfile ante los balcones de S.M. que se veían atestados de espectadores. Nunca se habían oído aplausos tan estrepitosos, que los que saludaron a los conejitos cuando, después de desfilarse con fusiles al hombro, hicieron alto y presentaron armas al Rey. Éste ya no pudo eludir el compromiso. Eran demasiados los testigos de que el inteligente joven había triunfado en esta prueba.

-Conforme –le dijo entonces el Rey. Has vencido, pero la falta la última prueba: mañana debes presentarte en la Plaza Pública trayendo tres costales de “verdad”.

Para que presenciaran esta prueba, que desde luego el Rey consideró irrealizable, hizo construir en la Plaza un gran circo, en que la nobleza tomara colocación de las tribunas y

galerías. A las 4 de la tarde todo estaba materialmente lleno de la gente que esperaba con impaciencia el desenlace de aquella curiosa aventura.

Luego apareció el mozo con los tres costales, que se notaban completamente vacíos, los depositó en medio de la Plaza y dijo al Rey:

-Para salir victorioso en esta prueba, necesito que S.M. ordene a dos de sus Ministros que me presten su concurso.

-Ordenado, contestó el Rey.

-¡Que baje el Ministro Ajota!, dijo el joven.

Cuando éste llegó al medio del circo, el muchacho lo tomó violentamente por la cintura y lo metió de cabeza en uno de los costales; en seguida, con voz sonora que llenó todos los ámbitos del recinto, le preguntó:

-¿Es verdad, Ministro Ajota, que hace cuatro días te presentaste al campamento en que yo amaestraba los conejos, que me propusiste comprármelos todos, que yo no quise vendértelos y que al fin te cedí uno a cambio de cien azotes que te di a cuero pelado?

-Verdad ... contestó el Ministro, con voz que parecía salir de debajo de la tierra.

-Aquí tiene, mi Rey, el primer costal de verdad ...

Que venga ahora mismo el Ministro Kañó.

Cuando lo hubo metido dentro del costal, le preguntó:

-¿Es verdad, Ministro Kañó, que hace tres días te presentaste al campamento en que yo amaestraba los conejos, que me propusiste comprármelos todos, que yo no quise vendértelos y que al fin te cedí uno a cambio de cien azotes a cuero pelado?

-Verdad ... contestó el Ministro Kañó, con voz agonizante.

-Aquí tiene mi Rey, el segundo costal de la verdad.

-¡Basta, basta! –le interrumpió entonces apresuradamente S.M. ¡Tuya es la recompensa! Te has ganado la mano de una de las princesas. Escoge la que sea de tu agrado y vamos al palacio para que cuanto antes se celebre el matrimonio...

Así salió el Rey del apuro y se libró de la vergüenza de que todos sus súbditos supieran también que había recibido cincuenta azotes es cada uno de sus reales y gordinflones hemisferios.

Y bendito alabao este cuento se ha acabao.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

